

El color de
las vacas y
otras creencias
localistas
sobre la Naturaleza

La actual cultura antropocéntrica dista mucho de un deseable ecocentrismo y nos aleja de un desarrollo verdaderamente sostenible. El autor nos muestra como ejemplo los problemas derivados de la gestión de los residuos urbanos y, al hilo de esta situación, reflexiona acerca de la idea de aldea global.

César San Juan

En un reciente estudio sociológico, se pudo constatar que un número importante de escolares alemanes cree que las vacas son de color lila. Obviamente, el único referente bovino de sus vidas tiene que ver con la flamante protagonista de una conocida marca de chocolate. La distancia que los jóvenes de nuestro tiempo mantienen con el medio natural es el síntoma de una cultura antropocéntrica, en la que la Naturaleza es considerada como mero objeto de explotación.

Es imprescindible la creación de ámbitos educativos que, por un lado, introduzcan una nueva concepción en la relación con el mundo más ecocéntrica y, por otro, transmitan la idea de que esta relación puede verse afectada por cambios en el medio ambiente a escala global.

La exportación de residuos a países del tercer mundo quizá haga que nos refiramos a estos basureros como "el tercer cubo"

Esto significa tener una concepción holística del planeta, además de una visión de los cambios globales como procesos que pueden afectar al conjunto de la humanidad: estamos hablando, claro está, de la aldea global.

A esta perspectiva ecocéntrica se oponen algunos obstáculos que tienen que ver con las creencias de las personas acerca del funcionamiento de la Naturaleza, tales como que los sistemas naturales de la Tierra son flexibles y no pueden ser alterados por la actividad humana; la falta de evidencia directa de que el desarrollo se está convirtiendo en insostenible y que ello presenta una seria amenaza para el futuro inmediato de la humanidad; negación de la responsabilidad

individual en las consecuencias perniciosas de la actividad humana y, por último, excesiva información, conflictiva e incierta, acerca de la Naturaleza, de las supuestas amenazas ecológicas y sociales y sobre la efectividad de las políticas gubernamentales y los cambios conductuales necesarios para neutralizarlas.

La globalización... de casi todo

En este universo de creencias se realizan propuestas educativas de éxito desigual. Resulta cuando menos paradójico exigir a nuestros escolares más jóvenes que solucionen los problemas que nosotros no somos capaces de resolver y cambien las conductas que, en ocasiones, quedan fuera de sus posibilidades de ejecución. La separación de basura, por ejemplo, en barrios donde no existen "igloos" de reciclaje.

En todo caso, debemos ir acostumbrándonos a tener varios cubos de basura en nuestras casas. La separación de basura orgánica, papel y vidrio, es ya una práctica bastante extendida, pero queda mucho camino por delante. El plástico, los metales, los envases de cartón-aluminio, etc; cada deshecho deberá tener su propio recipiente. Lamentablemente, vivimos en una parte del mundo que produce más basura de la que es capaz de reciclar y, lo que es más dramático, algunos de los residuos que producimos son de una toxicidad extrema.

Evidentemente, la dosis de peligrosidad que supondría almacenarlos en nuestro entorno no es asumible por nuestra sociedad, que vería seriamente amenazada su calidad de vida. Sin embargo, no tenemos ningún reparo en exportarlos a países del llamado tercer mundo. Quizás tengamos que empezar a referirnos a estos basureros del planeta como "el tercer cubo".

En los almacenes de los intermediarios del reciclaje se amontonan los vasos de yogur pero, ¿a dónde llevarlos ahora?

Hay que exportarlos y los empresarios implicados en el transporte de residuos lo tienen claro: cuantos más viajes, mejor. En Jakarta, capital de Indonesia, viven 8 millones de personas; la mayor parte de ellas en la pobreza. En algunos de sus descomunales basureros podemos encontrar cualquiera de los envases de nuestro último yogur. Las



autoridades portuarias de esta ciudad hablan de cerca de 100.000 toneladas de residuos plásticos que son descargados en sus costas importados, en su mayor parte, de Europa. Si nos acercamos un poco, podemos observar que muchos de los envases llevan impreso el “punto verde” de producto reciclable. Parte de estos plásticos son, efectivamente, reciclados, pero en unas condiciones de salubridad que serían inimaginables en el contexto europeo. Poco importa esta agresión a las personas y al medio ambiente: los papeles están en regla y Jakarta está realmente muy lejos. Pero no es el único caso. Una de las ventajas de la caída del muro, que han sabido aprovechar los mercaderes de residuos, ha sido la “apertura” del Este al mercado, ... de la basura. En un llamativo caso, por ejemplo, 10.000 Toneladas de plásticos cruzaron la frontera lituana en los 15 vagones de un tren con el rótulo de “mercancía no dañina”. En realidad se trataba de un tipo de residuo plástico que en su incineración desprende ácido clorhídrico muy tóxico. La desaparición de algunos empresarios acaba siendo canallesca cuando incluso llegan a aludir a causas humanitarias. En Albania, uno de los países más pobres de Europa, falta casi de todo menos basura contaminante. En una de sus fronteras fue interceptado un cargamento que, según los papeles, respondía al nombre de “Ayuda humanitaria para la agricultura”. En realidad se trataba de un producto protector de las plantas que, una vez caducado, se convertía en un producto altamente tóxico. Evidentemente, la fecha de caducidad hacía ya mucho tiempo que formaba parte del pasado pero, casualmente, su impresión en los envases había sido manipulada. Una vez destapado el escándalo por una organización ecologista, el residuo tóxico estuvo almacenado durante dos años en bidones oxidados hasta que, al cabo de este tiempo, Alemania tuvo que hacerse cargo del transporte de vuelta. Los costos fueron de 9,6 millones de los antiguos marcos que fueron pagados por los contribuyentes alemanes ya que nadie se hizo responsable de este solidario cargamento.

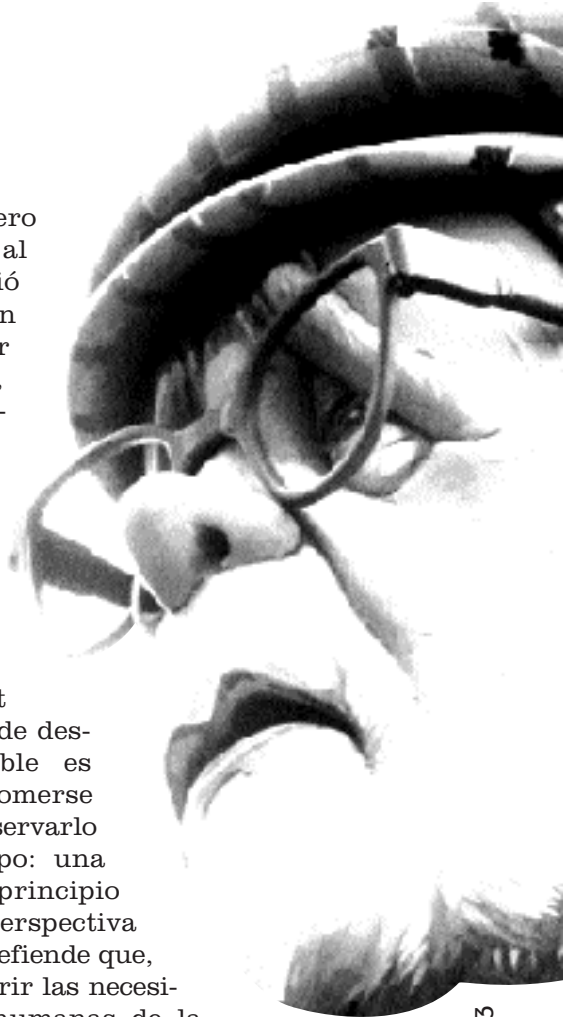
El problema de los residuos, en fin, es un asunto cuya responsabilidad compete, no sólo a los ciudadanos, sino también a los Estados. Aprovechar la coyuntura económicamente desfavorable de los países menos desarrollados para endosarles nuestros residuos, además de ser éticamente reprobable, no responde a un sistema de gestión global que garantice un desarrollo verdaderamente

sostenible. Pero este concepto, al que ya se refirió Enric Pol en un artículo anterior de este número, está ya muy desgastado.

Un concepto no tan claro

Para Robert Gibson, hablar de desarrollo sostenible es como querer comerse un pastel y conservarlo al mismo tiempo: una antítesis. Un principio clave de esta perspectiva del desarrollo, defiende que, la acción de cubrir las necesidades básicas humanas de la generación actual, no debería imposibilitar a las generaciones futuras satisfacer las suyas. Este principio conocido con el nombre de “*equidad intergeneracional*” ha sido cumplido intuitiva y espontáneamente por algunas culturas. Por ejemplo, muchas tribus de indios norteamericanos, otorgaban a una persona el papel de representar a la séptima generación futura cuando se iban a tomar decisiones importantes. Este ejercicio de previsión, constituye sin duda una rara habilidad en las políticas ambientales actuales. Y es que, si los recursos deben ser preservados para ese futuro, ¿cómo puede la sociedad determinar cuánto debe ser usado hoy en día y cuánto debería ser conservado para el futuro? Esta cuestión es muy difícil de contestar, sobre todo si se tiene en cuenta que, en estos momentos, una parte importante de la población mundial no tiene cubiertas las necesidades básicas. Existen respuestas felices, como ese principio tan rentable de “*quien contamina, paga*”. El reconocimiento de que existen muchas empresas contaminantes a las que todavía compensa pagar las correspondientes sanciones, a incorporar inversiones que puedan garantizar una tecnología productiva no agresiva con el medio ambiente,

El que parte el pastel tiene que aceptar servirse el último, cada invitado tiene que aceptar fregar su plato y, por supuesto, pastel para todos



nos obliga a definir el desarrollo sostenible como una continuación de los sistemas capitalistas más tradicionales. No es esta precisamente la idea.

En el caso de los antiguos sioux, una de sus leyes fundamentales señalaba que a pesar de la generosidad de la Naturaleza, no se deben dilapidar sus recursos. En textos antropológicos acerca de sus costumbres, se señala que no recogía más bayas de las que necesitaba para saciar el hambre, y evitaba escrupulosamente lastimar a los árboles y arbustos que dan frutos comestibles. No cazaba más piezas de las que necesitaba para sí o para su campamento y, cuando encendía un fuego, usaba sólo el combustible necesario. Claro que, puede resultar muy difícil tomar ejemplo de una civilización tan “primitiva”, en la que, por ejemplo, la mujer tenía derecho al voto bastantes siglos antes de que se otorgara dicho privilegio a las mujeres en Europa.

El desarrollo sostenible es, en fin, una cuestión de compromiso, de buena voluntad y de respeto. Debe caracterizarse por la preocupación de evaluar los efectos de las acciones presentes en el futuro, la importancia de mantener los procesos ecológicos, los beneficios de la mejora de la calidad de vida de las

generaciones actuales, sin comprometer las posibilidades de que las generaciones futuras hagan lo mismo y, por último, la necesidad de una solidaridad internacional activa. Esta última consideración es fundamental desde una perspectiva de aldea global. Una política internacional concebida para promover y garantizar un desarrollo sostenible, debería estar encaminada a conseguir un equilibrio en la distribución de la riqueza en el ámbito de todo el planeta (*equidad intrageneracional*). El fracaso de esta perspectiva, puesta de manifiesto en la cumbre de Río, ha dado lugar a diferentes programas de cooperación internacional entre Norte y Sur, en la mayor parte de los casos liderados por Organizaciones No Gubernamentales. Sin embargo, debemos tener presente que, si no existe una intención explícita y contundente por parte de los gobiernos, de promover los cambios sociales y estructurales que hagan posible esa sostenibilidad, los programas de cooperación no serán sino meras estrategias terapéuticas o paliativas. Parches.

Volviendo a la metáfora del pastel de Gibson, el que parte el pastel tiene que aceptar servirse el último, cada invitado tiene que aceptar fregar su plato y, por supuesto, pastel para todos. ■

César San Juan

Es profesor de Psicología Ambiental en la Universidad del País Vasco. Ha sido profesor invitado por la Universidad Diego Portales (Chile), la Universidad Centroamericana (en Nicaragua y en El Salvador), la Universidad Mayor de San Simón (Bolivia) y por la Universidad de Palermo (Argentina). Es presidente de Psicólogos Sin Fronteras – País vasco y presidió el VII Congreso Español de Psicología Ambiental. Ha dirigido diversos proyectos de cooperación internacional en América latina y África y es editor del libro “Catástrofes y Ayuda de Emergencia: Estrategias de Prevención, Evaluación y Tratamiento” (Icaria, 2001).

Correo-e: pspsaguc@ss.ehu.es